

ojos de los que no estaban iniciados en el asunto. En efecto, cuando en una acta solemne se declaró que el concilio de Pavia, despues de examinar las circunstancias de la eleccion y apoyado en su resultado, rechazaba á Alejandro III como intruso y proclamaba á Víctor IV único jefe legítimo de la Iglesia, opúsose á esta declaracion la prueba (1) de que se habian dado por conformes con ella obispos que se habian opuesto á su aprobacion y otros que no se habian hallado presentes. Por medio de una serie de falsedades oficiales, habian creido los imperialistas que podrian mejorar su mala situacion, y entonces desapareció toda esperanza de llegar á un arreglo, pues se vió claramente cuál era el verdadero objeto que se proponia el emperador y se comprendió que para conseguirlo cualquier medio le parecia bueno. La Iglesia entonces hizo uso de sus armas sin consideracion alguna y en 28 de febrero de 1160 Oberto de Pirovano, arzobispo de Milan, lanzó contra el emperador la excomunion, que fué reproducida en 24 de marzo en Agnani por Alejandro III.

Federico no podia intentar por medio de las armas la sumision del pontificado sin antes haber dado cima á la lucha contra los lombardos y especialmente contra Milan, pues en esta capital de la Lombardia tenian su centro sus enemigos políticos y eclesiásticos; de suerte que mientras ella se mantuviera firme, Alejandro III llevaba ventaja al antipapa, cuyos pretendidos derechos no habian sido todavía por nadie reconocidos. Esto explica el ardor con que el emperador combatió contra Milan, cuya poblacion, protegida por leales aliados y animada por las bendiciones del agradecido papa, supo demostrar de una manera brillante en los siguientes difíciles años hasta dónde llegaban los sacrificios que la causa de la libertad municipal sabia inspirar á sus defensores. La guerra, que comenzó con sorpresas, robo y devastacion de aquellas hermosas comarcas, fué convirtiéndose poco á poco en un gran bloqueo de aquella poderosa ciudad, cuando las fuerzas de sus habitantes comenzaron á debilitarse obligándoles á renunciar á la lucha en campo abierto. Un ataque contra las fuertes murallas de Milan no parecia ofrecer probabilidad alguna de éxito y solo hubiera causado pérdidas de consideracion á los agresores; por esto Federico cercó cada vez mas estrechamente la populosa ciudad, en la cual se habian refugiado todos los fugitivos de los alrededores, y donde comenzaba á sentirse la carestía. Durante el invierno de 1161 á 1162, el bloqueo fué tan estrecho que hubo de cesar el aprovisionamiento de la ciudad; los caminos que á ella conducian fueron obstruidos con trincheras y castillos, emplazados en los puntos de enlace mas importantes; Federico habia jurado no retirarse de Milan hasta haberla rendido, aun cuando para ello tuviera que pasar allí toda su vida, y para el caso de morir habia recomendado como sucesores suyos á los príncipes, que en gran número acudieron con tropas auxiliares, primero á Federico de Rotenburgo, hijo de Conrado III, á quien habia concedido el ducado de Suabia, y luego á Enrique el Leon. Al comenzar el año 1162, la ciudad de Milan no pudo defenderse mas, así es que despues de haber implorado en vano, por mediacion de algunos príncipes, la concesion de algunas condiciones honrosas, en 1.º de marzo se rindió á discrecion. El día 4 de marzo, todos los guerreros formados en largas filas se presentaron delante del emperador, que estaba sentado en el trono, y arrojaron á sus piés armas y banderas: tambien hubo de humillarse ante el vencedor la carroza, en cuyo alto mástil flotaba la bandera de San Ambrosio. Atadas las manos, con las bar-

(1) Reuter: *El papa Alejandro III y su época*, I, págs. 119-511.

bas rapadas, sosteniendo crucifijos y en actitud suplicante tuvo que prosternarse el día 6 de marzo ante el emperador la gran masa de la poblacion milanese. En aquella ocasion, Bernardo de Dassel se vengó cruelmente del insulto que en otro tiempo habia recibido en Milan y á su influencia debe atribuirse todo lo que despues aconteció. Por de pronto todos los habitantes fueron obligados á jurar ante los plenipotenciarios imperiales incondicional obediencia á cuanto se les ordenara. Transcurrieron luego algunos días, durante los cuales reinó gran ansiedad: el día 19 de marzo dióse la orden de que en el término de una semana la ciudad fuese evacuada por sus habitantes, los cuales debian establecerse en cuatro villas diseminadas por los cuatro puntos cardinales y distantes algunas millas de sus antiguas residencias. ¡Quién es capaz de describir las escenas de desesperacion que entonces ocurrieron, los sentimientos de odio mortal que se encendieron en el corazon de los milaneses cuando se vieron obligados á abandonar su hermosa ciudad, asiento de sus grandezas y de sus riquezas, la famosa personificacion de su gloria! Nadie dudaba de la suerte que á Milan estaba reservada desde el momento en que habia comenzado el derribo de sus magníficas murallas, por una de cuyas brechas habia penetrado Federico con su ejército vencedor. Inmediatamente los seis distritos de la ciudad, que llevaban el nombre de sus respectivas puertas, fueron entregados para ser destruidos á los enemigos mortales de la ciudad, es decir, á los habitantes, en otro tiempo tan maltratados por ella, de Lodi, Como, Pavia, Cremona y Novara y á las gentes de los territorios de Martesana y Seprio. Fué un acto de bien calculada política el que realizó Federico al querer destruir y borrar, por decirlo así, del mapa á la enemiga mas peligrosa y al sembrar entre los mismos lombardos una terrible semilla de odio que nunca debia envejecer y que al germinar habia de hacer para siempre imposible la union de los lombardos contra él. La obra de destruccion comenzó con el incendio de distintos barrios, y lo que las llamas respetaron fué arrasado por completo. Esta ruina no pudo alcanzar del todo á los colosales muros y á las poderosas torres que los coronaban, así es que unos y otras se conservaron en gran parte; tampoco pudieron ser cegados por completo los anchos y profundos fosos que corrian á lo largo de las murallas. Los destructores de la ciudad pudieron saciar durante ocho días la rabia que contra ella les animaba, siendo los que mas en este sentido se distinguieron los habitantes de Lodi, que á la sazón se vengaban de la desolacion que en otro tiempo habian llevado los milaneses á su ciudad. Ni los templos ni las capillas fueron respetadas y sus obras de arte, sus preciosidades fueron robadas, y las reliquias que contenian arrastradas como trofeos. Reinaldo de Dassel se apoderó de la preciosa urna que contiene los cuerpos de los tres Santos Reyes, que hoy se conserva en el tesoro de la catedral de Colonia. Transcurridos aquellos días de horror, la metrópoli de Lombardia, tan magnífica en otro tiempo, ofrecia un cuadro desconsolador de destruccion. En medio de las murallas, en parte destruidas, algunos humeantes montones de ruinas indicaban el sitio que habian ocupado las casas de las clases bajas del pueblo, en su mayor parte construidas de madera; los edificios de piedra estaban próximos á desmoronarse, dominados por las iglesias que, en parte, habian quedado tambien destruidas.

Las terribles luchas sostenidas en Lombardia, los actos de salvaje apasionamiento y de brutal afán de destruccion que allí se habian perpetrado, todo quedó oscurecido por la terrible venganza con que la cólera del emperador entregó á la devastacion la famosa capital. Si Milan no habia podido resistir al emperador, ¿quién podia esperar ya defenderse con

éxito contra él? De aquí que la catástrofe de Milan trajera como consecuencia la sumision de toda la Lombardia. Federico era dueño de la Alta Italia como no lo habia sido ninguno de sus predecesores. Entonces se llevaron á riguroso cumplimiento los acuerdos de la dieta de los campos Ron-

calios: las ciudades perdieron sus libertades municipales, excepto las que las conservaron por concesion especial por haberse mantenido adictas al emperador; los cónsules elegidos por las poblaciones, que representaban con orgullo la autonomia republicana, fueron sustituidos por gobernadores



Dibujos del primitivo *Código Saion* (*).—Biblioteca de la universidad de Heidelberg.

ó *podestás* nombrados por el emperador, que gobernaron arbitrariamente sin consideracion á costumbre ni á derecho

(*) El primer dibujo representa una *curia feudalis*. El señor feudal está sentado en una silla y se distingue por llevar la cabeza cubierta: en su presencia los vasallos no podian cubrirse ni sentarse. La figura sentada junto al señor representa al juez, que tambien es un vasallo, pues el señor debia confiar á uno de ellos la mision de dictar sentencia: no tenia más derecho que el de estar sentado. Entre los vasallos, uno sostiene con la mano izquierda el brazo derecho, signo de que no quiere sentencia en los días obligados ni en los festivos. El señor tiene en su mano una corona formada con bolas encarnadas y amarillas unidas entre sí. La significacion de esto y de los signos que hay entre los dos grupos no está muy clara.—Los otros cuatro dibujos siguientes se

refieren al deber de formar parte del ejército. En el superior de la derecha, está el rey sentado en un trono con almohadas y sin respaldo; lleva puesta la corona y en su diestra sostiene el cetro en forma de azucena; delante de él, está arrodillado un vasallo con cota de malla y vestido verde: al lado izquierdo ciñe espada, con la punta mirando hácia el suelo. El número VI puesto entre él y el rey significa las seis semanas pasadas las cuales debe agregarse á la expedicion anunciada, como lo jura con los dedos levantados.—En el dibujo contiguo, está el mismo vasallo del imperio, pero esta vez como señor feudal y sentado; la espada está envainada, vuelta hácia arriba, y con una cinta atada en la punta. A su vez anuncia la expedicion para dentro de seis semanas á su

imperio, sino que con frecuencia abusaron del poder en provecho propio para enriquecerse injustamente y para satisfacer vilmente sus apetitos y sus caprichos. Este estado de cosas pareció tanto más intolerable a los oprimidos cuanto que los que parecían representantes de esta tiranía no eran las mas de las veces alemanes, sino paisanos suyos, lombardos, habitantes de las ciudades vecinas enemigas que habían sido llamados por el emperador para desempeñar tales atribuciones. Del mismo modo que cuando se trató de la destrucción de Milán, el antiguo odio de los vecinos ofreció en este punto al emperador un pretexto para dominar por partes, y los habitantes en otro tiempo libres de las ciudades lombardas, unos llevaron cadenas de oro y otros tuvieron pesadísimas cadenas de hierro.

Federico I pensaba que con el triunfo conseguido sobre Milán y sobre la Lombardía comenzaría una nueva especie de soberanía y con ella una nueva época para el imperio. La dominación imperial universal no se presentaba ya como un ideal lejano, como una vana palabra, sino que parecía de realización cercana; y por eso Federico en sus documentos de aquella fecha se apropiaba ya el título que llevó Carlomagno cuando se encontró en el apogeo de su poderío, a saber, «emperador romano coronado por el favor de la divina gracia, grande, pacificador, triunfador glorioso y siempre Augusto.» La lucha contra la curia romana entró también entonces en un nuevo período, abriéndose anchos y venturosos horizontes al impotente antipapado imperial. Alejandro se vio seriamente amenazado, pues aun cuando había sido reconocido, le era imposible permanecer por mas tiempo en Roma y en Italia. Por esto, comprendiendo que se acercaba la catástrofe de Milán, salió de Roma y se embarcó en dirección a Génova, cuando las tempestades de la primavera comenzaban a agitar los mares; y desde allí marchó a Provenza, precisamente cuando el partido imperial procuraba atraer a la causa del antipapa al rey Luis VII de Francia. El poderoso auxilio del emperador contra Enrique II de Inglaterra fué el premio que por esta adhesión al antipapado se ofreció al cuñado del rey, el conde Enrique de Champagne, que en mayo de 1162, en Pavía, se había puesto secretamente de acuerdo con Federico. Los dos soberanos debían encontrarse en las fronteras de Francia y de Borgoña, a donde se dirigió el emperador en el verano de 1162, y juntos debían celebrar un concilio para tratar de la elección litigiosa. El resultado estaba de antemano previsto y no hubiera sido otro sino negar todo derecho a Alejandro y reconocer solemnemente a Víctor IV. Luis VII estaba encargado de invitar a Alejandro para que asistiera personalmente a esa asamblea. Pero este plan tan hábilmente trazado fracasó, pues en Luis prevalecieron sus sentimientos religiosos sobre las intrigas de su inquieto cuñado. La enérgica conducta de Enrique II de Inglaterra, que reunió en sus provincias francesas un ejército para acudir a salvar al papa del golpe que le amenazaba, hizo que este fracasara y que, después de algunas semanas de ansiedad, pudiera Alejandro III recibir de nuevo al rey de Francia como hijo suyo y defensor probado de la Iglesia romana. Federico creyó que aun sin el auxilio de Francia podría imponer su papa al mundo; y en una dieta que celebró en Besançon simultáneamente con un

vasallo: este viste cota de malla desde la cabeza hasta los pies y lleva un vestido amarillo.—Los dos dibujos de la parte inferior están separados por un río, el Saale: a un lado un caballero jura a su señor feudal que dentro de seis semanas se encontrará en el campo; al otro lado, se ve la lucha contra los wendos, bohemos y polacos, que con las cabezas ensangrentadas se arrodillan delante de las espadas de los caballeros. Las cotas son de alambre y están provistas de una capucha que se puede poner y quitar a voluntad, como lo demuestra el dibujo.

concilio,—en el que se presentó personalmente Víctor IV, y que tuvo cierto esplendor por haber acudido a él con Enrique el Leon, el nuevo rey dinamarqués Waldemaro para prestar homenaje a su soberano el emperador,—hizo expresar Federico, por boca de Reinaldo de Dassel, su descontento respecto «de los reyes de provincias,» es decir, de Inglaterra y de Francia, de España y de Hungría, a quienes hubiera querido oír en la cuestión del cisma y que no se habían presentado, antes bien habían tenido la audacia de sostener en Roma a un papa hostil a su persona y al imperio. Esto constituía una teoría completamente nueva de derecho político y eclesiástico, en virtud de la cual el imperio reclamaba unos derechos de soberanía que no había ejercido ni aun en los tiempos de su mayor gloria.

Esta ampliación del programa de la política imperial fué indudablemente una falta. Para construir el edificio de la soberanía universal de los Staufen, cuyos perfiles se distinguían claramente, faltaban fundamentos suficientemente anchos y sólidos. Durante largo tiempo, el cisma turbó el estado de paz que por fin había logrado establecerse. En Alsacia, el obispo Esteban de Estrasburgo se agitaba en pro de Alejandro; en Maguncia, una gran revolución había sido causa del asesinato del arzobispo Arnolfo de Selenhofen (junio de 1160), el cual por su excesivo celo en recobrar los bienes eclesiásticos que sus antecesores habían prodigado, se malquistó con los grandes vasallos del país y por su austeridad se atrajo el odio mortal de una facción del clero, con la cual se había unido la población, deseosa de conquistar completa libertad. Cuando fué elegido sucesor de Arnolfo, Rodulfo, hermano del duque Bertoldo de Zähringen,—que estaba reñido con el emperador por la cuestión de Borgoña,—Federico no quiso confirmarle, por ser enemigo del papa imperial, é influyó para que fuera en su lugar nombrado Conrado de Wittelsbach, hermano del conde palatino bávaro. Solo en el Norte y en el Este no se atrevían a moverse los enemigos nacionales ni extranjeros, pues en aquellos territorios se encontraba Enrique el Leon representando, con todo el poder de un monarca, sus propios intereses y los del imperio de los Staufen.

Durante la permanencia de Federico al Norte de los Alpes presentaron también mal aspecto las cosas de Italia, donde había quedado Reinaldo de Dassel como gobernador investido de poderes ilimitados. Los vencidos lombardos soportaban difícilmente el yugo que sobre ellos pesaba, y se hallaban de tal manera oprimidos que creían que el mismo emperador no podría aprobar tal tiranía; pero sus lastimeras súplicas no fueron escuchadas y los podestás dieron rienda suelta a sus tiránicas aficiones. A esto había que agregar que cada día era más encarnizada la lucha religiosa. En efecto, habiendo muerto Víctor IV en 20 de abril de 1164, creyeron muchos que el cisma podía darse por terminado en virtud de sentencia divina: pero llegó la casi increíble noticia de que Reinaldo de Colonia, sin consultarlo con el emperador y en una forma que ni siquiera tenía apariencia de justa, había elegido, con algunos pocos cardenales, un nuevo antipapa en la persona de Guido de Crema, que tomó el nombre de Pascual III. Nadie tenía ya ganas de seguir al emperador en esta senda de la más injusta violencia.

El descontento general estalló abiertamente en la Alta Italia. Mientras algunas ciudades imperiales, como Pavía y Cremona, comenzaban a murmurar y se negaban a seguir la política que respecto de la Iglesia tenía el emperador, Verona, Padua, Treviso y Vicenza, en vista del horrible tratamiento de que eran objeto los vencidos lombardos, cuyas súplicas eran con dureza rechazadas por el emperador, firmaron, durante el invierno de 1163 a 1164, una alianza secreta

con las ciudades de la Marca veronesa. Venecia, que se había declarado abiertamente en favor de Alejandro III, entró también en ella, y la corte bizantina, cuyas simpatías se había ganado Venecia, hizo concebir esperanzas de que concedería subsidios para la proyectada guerra de liberación. A la primavera siguiente las ciudades coligadas empujaron las armas: las ciudades imperiales quisieron intentar una mediación, pero sin resultado alguno, y únicamente se comprendió que ni con estas podía contarse incondicionalmente; y aun cuando el emperador, para mantenerlas bajo su bandera, las colmó de gracias y de honores, esta benignidad, tan distinta de la crueldad con que a las otras se trataba, no hizo más que aumentar la desconfianza hacia el emperador. El levantamiento tomó pronto grandes proporciones: Padua, Bolonia y Piacenza arrojaron a los odiados podestás: lo que tanto había costado conseguir estaba a punto de perderse y Federico, que creyó haber conjurado la tempestad, se vio forzado a marchar precipitadamente a Alemania y armarse para esta nueva lucha.

Pero ya no se trataba solamente de sojuzgar a los lombardos: la soberanía universal de los Staufen, que de un modo tan provocador había sido proclamada en la dieta de Besançon, tenía intranquilos a los estados de Occidente, los cuales en presencia del peligro común se prestaron para una común defensa, confiándose la dirección de este movimiento a la Iglesia, lo cual realzó la consideración de Alejandro III. Mientras el emperador griego Manuel negociaba una alianza no solo con Sicilia sino con Francia é Inglaterra, los fanáticos alejandrinos se aliaban, por mediación del patriarca y hábil diplomático Udalrico de Aglei, con los griegos y con los húngaros. En el imperio se aumentaba cada día el partido de Alejandro: los arzobispos de Salzburgo y de Tréveris negaron su obediencia a Pascual III, y el mismo Conrado de Wittelsbach, que por instancias del mismo emperador había sido nombrado arzobispo de Maguncia, se pasó públicamente al verdadero papa. Alemania se encontraba amenazada de una grave crisis a consecuencia del cisma, pues detrás de los pretextos religiosos se ocultaban otros motivos personales ó políticos. Así lo demostraban las luchas de la comarca del Rin, donde el conde palatino Conrado y el landgrave Luis de Turingia, ambos parientes cercanos del emperador, luchaban con el consejero y auxiliar de este Reinaldo de Colonia, y las contiendas de Suabia, donde los condes palatinos tubingios combatían contra Welfo VI y contra su belicoso hijo Welfo VII. El emperador intentó destruir por las vías diplomáticas la gran coalición que se había organizado, pero sus esfuerzos fracasaron. La lucha entre Enrique II de Inglaterra y Tomás Becket, arzobispo de Cantobery, motivada por los límites dentro de los cuales debían encerrarse la jurisdicción civil y la eclesiástica, había puesto a la curia, después de la huida de Tomás a Francia y a pesar de la condescendencia del papa, en un grave compromiso con la corona inglesa. Quizás se conseguiría atraer a Inglaterra a la causa del pontificado imperial, con lo cual poníase en un apuro a Luis VII, el protector de Alejandro III. En la Pascua del año 1165 presentóse el arzobispo de Colonia en Ruan, donde estaba la corte de Enrique II, y donde fué objeto de una brillante acogida. La hija mayor del rey de Inglaterra, Matilde, se desposó con el duque de Sajonia y Baviera, quien había hecho disolver su matrimonio con su esposa zähringa; otra hija menor se desposó con Enrique, el primogénito del emperador; pero a pesar de esto Inglaterra no se adhirió a la política imperial. Ciertamente que los embajadores ingleses asistieron a la dieta que en la Pentecostés de 1165 se celebró en Wurzburg, y en la cual los príncipes laicos y eclesiásticos allí presentes juraron solemnemente no

reconocer nunca a Alejandro ni a ningún papa que eligiera el partido de este; cierto también que aquellos embajadores prestaron igual juramento en nombre de su soberano; pero apenas Enrique II hubo obtenido de la apurada curia las concesiones que pedía en su contienda con Tomás Becket, se separó de la alianza con el emperador. Aquel juramento de Wurzburg, ante el cual retrocedió espantado por un momento el mismo Reinaldo de Colonia, que era quien lo había propuesto, señala un cambio en la historia de Federico, pues lejos de ser resultado de una tranquila meditación política, fué un hecho de precipitado apasionamiento y de ciego fanatismo. La disposición que se dió, ordenando que todos los príncipes laicos y eclesiásticos que no habían asistido a la dieta de Wurzburg prestaran, dentro de un plazo que se marcaba, el juramento que hacía imposible toda inteligencia con el jefe de la Iglesia casi por todos reconocido; y la dureza con que se obligó a cumplir este mandato fueron causa de que el enemigo se declarara en abierta resistencia y de que a su campo se pasaran definitivamente los que aun vacilaban y los que estaban en actitud expectante. La persecución que comenzó a dirigirse contra los alejandrinos y cuya primera víctima fué Conrado de Salzburgo, el de Wittelsbach, dió mártires a la causa del pontificado y en vez de perjudicarla, la favoreció. Lo peor de todo fué que esta política de apasionamiento hizo que una parte de Alemania desconociera la autoridad del emperador, y que otra parte se levantara en armas contra él, precisamente cuando Federico necesitaba más que nunca de todas las fuerzas del imperio para sofocar la nueva rebelión lombarda y para luchar contra la gran coalición. Federico I se había imaginado el peligro mucho menor de lo que era, y consideraba su posición como completamente segura, precisamente cuando temblaban sus cimientos. Era muy peligroso forjarse la ilusión de que honrando los huesos de Carlomagno, como lo hizo solemnemente en Aquisgran el día de Navidad de 1165, y declarando santo, por medio de su papa, al gran emperador, se consagraba canónicamente su propio sistema político y las potencias hostiles le reconocerían como carlovingio.

A consecuencia de estas dificultades en Alemania no pudo el emperador dirigirse a Lombardía hasta el otoño de 1166, y aun entonces acompañado de escasas fuerzas. Enrique el Leon, a causa de la excitación creciente que se notaba en la Sajonia oriental, no podía arriesgarse a alejarse por mucho tiempo de aquellos territorios. A pesar de esto, los lombardos se mostraban dispuestos a firmar la paz, pero sus repetidas súplicas para que se les aligerara la carga que sobre ellos pesaba fueron nuevamente desatendidas. Algunas de las ciudades rebeldes fueron sometidas por el emperador. Todavía, sin embargo, no se había formalizado la lucha; así es que el invierno de 1166 a 1167 transcurrió sin ningún acontecimiento definitivo. La intención del emperador era marchar sobre Roma con los refuerzos que había recibido, pues a Roma había regresado, en noviembre de 1165, Alejandro III, cediendo a las instancias de los romanos, que se veían amenazados de la imposición del papa imperial. Pero la intranquilidad cada día mayor que se notaba en Lombardía, indicó claro de que se tramaba algo grave, detuvo allí a Federico, con gran ventaja para Alejandro III, cuya consideración ante los ojos de los fieles se aumentó extraordinariamente con su permanencia junto a la tumba del apóstol. Por fin, en la primavera de 1167 emprendió Federico la marcha hacia el Sur, y entonces estalló inmediatamente la sublevación que tan bien había sido preparada en secreto. Al frente de este movimiento púsose la ciudad a la cual Federico había engrandecido a costa de Milán, la que él había colmado de derechos, honores y beneficios, la rica y